

RECONSTRUIR

Editorial

Cuba, punto neurálgico

Luce Fabbri

El hombre en la historia

Bosco Nedelcovic

Exceso y control de la natalidad

Pablo Tello

Panorama agrario argentino

Ing. Carlos S. Bianchi

La Televisión

Gastón Leval

El Castrocomunismo no puede engañar a nadie

Henri Sée

Antología. Pedro Kropotkin, historiador

Jorge Ballesteros

Notas críticas. Estados Unidos en la guerra fría

C. E. Haller

El amigo olvidado

Agustín Souchy

Las ideas sociales de Augusto Strindberg

Eduardo de Guzmán

Calendario. Noviembre de 1936: Epopeya de Madrid frente al fascismo

21

NOVIEMBRE
DICIEMBRE

El Castro-comunismo no puede engañar a nadie

Por Gastón Leval

Tenemos una experiencia decisiva, monumental y aleccionadora que debe ponernos en guardia en cuanto a las etiquetas puestas a una revolución. Teniendo en cuenta la tremenda lección rusa, no tiene ahora excusas quien se deja subyugar, arrastrar o cegar por el derrumbamiento de un Estado y de un gobierno capitalista, por expropiaciones de apariencia más o menos socialista, hasta por la distribución de tierras a los campesinos (los bolcheviques proclamaban, antes del triunfo: "La tierra para quien la trabaja") y la entrega de las fábricas y de los talleres a los trabajadores. Todo no está resuelto con estas primeras medidas, que pueden ser concesiones inmediatas, transitorias y forzosas de un partido político que se propone cantarse así la simpatía o la adhesión de los trabajadores de la ciudad y del campo, a fin de encaramarse en el poder desde donde, después de haber eliminado a los partidos y las formaciones rivales, impondrá a estos mismos trabajadores nuevas normas, nuevas instituciones, una policía, una burocracia, y con una limitación constante de la libertad, condiciones de trabajo y existencia contra las cuales los interesados se verán imposibilitados de reaccionar.

La experiencia rusa nos permite decir lo siguiente: tan pronto un partido, aun llamado revolucionario en principio, elimina a los otros revolucionarios, tildándolos —como es ya una maniobra clásica—, de contrarrevolucionarios, vendidos al capitalismo o al extranjero, etc., estamos en presencia de un principio de dictadura que, siguiendo una pendiente fatal, debe llevar a una represión acentuada ante la resistencia no menos fatal de los sectores que no quieren dejarse dominar. Esta represión debe provocar inevitablemente el aumento de la policía convertida en policía de partido, la censura periodística primero y la supresión de la prensa de oposición después, la prohibición de la propaganda oral no oficial y la disolución de todas las fuerzas políticas, sindicales (a no ser que se intervenga a éstas desde el interior), y de los movimientos culturales y sociales que no aceptan someterse.

Tal es, inexorablemente, la sucesión de los hechos. Tal ha ocurrido en Rusia. Tal ha ocurrido en Italia, donde las distintas características institucionales del fascismo fueron apareciendo a medida que la necesidad de defenderse contra la oposición, coniugada con la voluntad de dominación de Mussolini, obligaron a éste, para conservar el poder, a sistematizar la eliminación de la oposición y a robustecer los órganos de represión.

Y tan pronto, en Cuba, la voluntad de dominio de Fidel Castro apareció evidente, soluzando al Directorio estudiantil que había dirigido buena parte de la lucha, nombrando autoritariamente, y sin consultar a nadie, a su hermano Raúl como "delfín" para sustituirlo en caso de desaparecer —lo cual era, ni más ni menos, un golpe de Estado—, decretando lo que le parecía sin consultar a los mismos miembros del Movimiento 26 de Julio, emprendiendo, con la policía que iba formando, las persecu-

ciones contra héroes de la lucha contra Batista, y contra otros sectores revolucionarios; tan pronto estos hechos se produjeron, había nacido el mecanismo que, de no ser brutalmente interrumpido, debía llevar, como en los casos anteriores, a la plenitud del Estado totalitario.

Este proceso apareció más amenazador todavía con la actitud de Fidel Castro ante el partido comunista. En los primeros días de su llegada a La Habana, Fidel Castro había declarado que el triunfo sobre Batista nada debía al partido comunista. En efecto: éste había podido llevar, bajo el régimen anterior, una existencia legal, publicando su prensa, periódicos y revistas, colaborando con él, dándole incluso dos ministros, lo cual le valió el testimonio público y el agradecimiento del dictador fascista. El mismo partido había combatido abiertamente al Movimiento 26 de Julio, como combate todo movimiento revolucionario mientras no lo puede dominar, o no tiene esperanzas de dominarlo. Y sólo tres meses antes del triunfo final, que ya parecía probable, mandó algunas fuerzas a las sierras, donde los propios católicos luchaban desde hacía meses.

Pero el partido comunista también había estado en la oposición, haciéndole el doble juego como hizo con el peronismo. Esto, y la adulación hacia Fidel Castro, el ponerse a su servicio (con vistas a servirse de él más tarde), las sutiles maniobras de infiltración en el Movimiento 26 de Julio le permitió, tomando cuando fue necesario la careta del fidelismo, ocupar ciertos cargos importantes, "intervenir" los sindicatos y dominarlos desde arriba, en fin, desarrollar una actividad creciente que extendía rápidamente su predominio. Pronto diferentes sectores lanzaron el grito de alarma. Pero Castro daba ya carta blanca al partido comunista, porque comprendía que un gobierno de régimen dictatorial sólo podía ser apoyado por él. Fuero de él, el pueblo cubano, la población culta, especialmente en las ciudades, eran demasiado liberales para prestarse a la entronización de un nuevo dictador. La influencia de "Che" Guevara, comunista convencido, y de Raúl Castro, también comunista, contribuyó asimismo a modificar su comportamiento.

Y bien: de nuevo, tan pronto se produjo esta colaboración, esta conjunción, cualquiera que estuviese al corriente del desarrollo de las revoluciones totalitarias habidas desde 1917, no podía hacerse ilusiones. En Cuba se estaba implantando una dictadura, con todo lo que caracteriza al totalitarismo.

Se arguyó entonces que Fidel Castro no era comunista, lo cual implicaba que no había de implantar un régimen de carácter bolchevique¹. Esto era juego de palabras. En muchas naciones, en Cuba mismo, el partido comunista no se llama tal, sino partido socialista popular o revolucionario, según los casos. Y tiene, en todas partes, hombres que hacen su juego, como el doctor Negrín lo hizo en el gobierno republicano durante la guerra de España, sin dejar de pertenecer al partido socialista. El caso es que muy pronto Fidel Castro adoptó, en el orden nacional e internacional, actitudes que condecían absolutamente con la

¹ Se sabe que después Fidel Castro hizo profesión de fe marxista-leninista, declarando que había adherido al marxismo desde hacía tiempo. Y el 31 de enero, Osvaldo Dorticós, presidente de la República Cubana, declaraba a los periodistas que el haber declarado que el régimen cubano era marxista-leninista "correspondía sencillamente a los hechos". Lo cual demuestra la candidez de los que se basaban en la no pertenencia oficial de Castro al partido comunista.

práctica mundial de Moscú. El viraje fue simultáneo, en el interior como en el exterior. Y mal que pese a los que explotan la cuerda del anti-yanquismo, sus ataques virulentos a los Estados Unidos precedieron, y con mucho, a las medidas tomadas por Washington, que había reconocido al nuevo régimen desde los primeros días.

Este anti-yanquismo, vociferador y frenético, era un recurso que debía atraerle las simpatías de la parte del público centro y sudamericano ya erguido por los nacionalistas autóctonos y los comunistas, contra la nación norteamericana. Los demagogos de esa parte del continente, sean fascistas o antifascistas, explotan siempre este filón: Perón es un ejemplo aleccionador. Y Fidel Castro, otro.

Desde luego, se puede enumerar una serie de reformas que entusiasman a quienes se quedan en la superficie de las cosas, y que valieron al "jefe máximo" la adhesión de la masa campesina, no de la obrera y ciudadana. La más importante de todas es la reforma agraria. Las grandes propiedades fueron secuestradas y organizadas en forma de cooperativas. Que esto sea importante, necio y desleal sería negarlo. Pero, en primer lugar, la mayor parte de los sectores revolucionarios que estaban al lado del Movimiento 26 de Julio y que han sido perseguidos después, aceptaban esta reforma o contribuyeron a elaborarla. En segundo lugar, esto no era una novedad en América, pues en México, una reforma parecida ha sido hecha en mayor escala, siendo la tierra distribuida en "ejidos", sin que haya sido necesario implantar una dictadura. En tercer lugar, la autonomía de las cooperativas desapareció rápidamente, habiéndose franqueado ya la etapa del dominio de la burocracia estatal.

Como compensación a esta realización social, tan pronto desvirtuada, conviene señalar que la situación de los obreros de las ciudades ha empeorado mucho, siendo su nivel de vida inferior en un cuarenta por ciento a lo que era durante el régimen batistiano. Lo cual explica que, al producirse el intento de desembarco de la Bahía de los Cochinos, los policías del nuevo régimen detuvieron a más de 150.000 personas; según ciertas fuentes la cifra era mayor².

Se ensalza igualmente el esfuerzo hecho en el orden de la enseñanza. También aquí sólo los superficiales pueden ver un motivo de adhesión al castrismo. Porque incluso los regímenes fascistas han creado escuelas y difundido la instrucción. Lo ha hecho Primo de Rivera, lo ha hecho Hitler, lo hace ahora Franco. La enseñanza es un arma de dos filos, porque permite amaestrar mentalmente a las masas analfabetas, y los dictadores modernos la utilizan como instrumento de predominio.

En cuanto a Cuba, dos hechos son ciertos: el primero es que en los grados superiores, en la universidad, la libertad de enseñanza ha desaparecido por completo, y buen número de profesores, de acendrado liberalismo, en nada onuestos a las reformas sociales emprendidas o realizadas, se han visto obligados a huir por no querer hacer la apología del

² Es cierto que el gobierno norteamericano apoyó (muy poco, pues de haberlo querido, nada hubiera impedido a las tropas norteamericanas desembarcar) esta operación. Pero lo es también que el desembarco fue preparado por revolucionarios cubanos, que no pretendieron ni con mucho restablecer a Batista. La Liga Libertaria de los EE. UU. lo proclamó en su hora. El explotar la participación mínima del gobierno norteamericano para presentar la operación como iniciativa suya, para fines únicamente suyos, implica falsear totalmente la verdad.

castrismo, y en buen número no salen porque no pueden. Es verdad que los castristas esparcidos por América dirán que tales profesores están vendidos a los yanquis, como los comunistas decían que estábamos vendidos a los capitalistas; esto también prueba su parentesco... espiritual.

El segundo hecho, es que ya esta instrucción o enseñanza, ha servido y sirve, desde más de dos años, y en forma creciente, para difundir una educación marxista, que va desde los niños de siete años, a los soldados, milicianos y milicianas de toda edad. Como hacía el régimen de Mussolini, el de Hitler, como hace el régimen bolchevique, como hace el régimen franquista, como hacen, en suma, todos los regímenes dictatoriales, el régimen llamado castrista, donde los comunistas dominan porque tienen un programa, un plan preciso, una técnica, una preparación sociológica de que Castro carecía, instructores rusos y chinos, como en Rusia y las naciones satélites que le sirven de ejemplos inmensos para inspirarse, ha organizado ya el amaestramiento intelectual de la población analfabeta.

Este amaestramiento surte efectos positivos y sorprendentes. Se completa con la propaganda sistemática y obsesiva hecha con la radio del Estado —única existente—, la prensa oficial —la única existente también—, la televisión, etc. Por esto, no se encuentran bicicletas, caceteras, máquinas de coser, y si la ropa o el calzado cuestan, en horas de trabajo, cinco o diez veces más que en las naciones de Europa Occidental, los aparatos de radio y televisión abundan y son baratos.

Promover cierto grado de instrucción no implica, necesariamente, servir la causa de la libertad. Una utilización sabiamente organizada, centralizada, coordinada de todos los medios de que dispone el Estado moderno permite hacer lo contrario de lo que se esperaba cuando la mística del liberalismo, propia de otras épocas, atribuía una importancia primordial a la enseñanza. Lo que cuenta ante todo para hacer hombres libres o esclavos, es la educación. El pueblo alemán era el más instruido del continente europeo, pero su espíritu de disciplina fue un obstáculo fundamental en la lucha contra el nacionalismo y el autoritarismo. Los campesinos españoles eran, en 1936, analfabetos en un sesenta por ciento, y la mitad de los no analfabetos leían y escribían muy imperfectamente. Con ellos pudimos organizar las colectividades.

Los que se entusiasman ante la campaña de alfabetización del régimen castro-comunista, se apresuran demasiado. A juicio nuestro, esta campaña, en la cual participan gentes sinceras y entusiastas que ignoran los fines perseguidos por los que gobiernan, forma parte de un plan de domesticación que se irá realizando, como ha de ser forzosamente en todo régimen totalitario. Y este plan, completado por el monopolio de la prensa, la imprenta, la radio, la televisión, el cine, el teatro, la universidad, etc., será aún favorecido por el aislamiento de Cuba, que por ser una isla está, más que una nación continental, cortada de toda fuente de información directa, siquiera individual.

Un análisis de otros aspectos de la situación cubana —los "tribunales populares", la "democracia directa", las "milicias" armadas, los "comités de vigilancia" y los cuerpos de espionaje y represión policial, etc.—, nos llevaría en línea recta a la misma conclusión: Cuba está bajo un régimen totalitario y, a pesar de las apariencias y disfraces, no puede engañar ya a nadie.